

Javier Fontecilla

La segunda extinción y otros relatos con dinosaurios

**Nass
Papier**
Editorial

PRÓLOGO

A diferencia de otras criaturas imaginarias, como los borametz o las esfinges, los dragones experimentaron el desencantamiento del mundo moderno en una época relativamente tardía. Sucedió en el siglo XVIII, cuando el clérigo británico William Buckland reunió, describió y catalogó por primera vez al primer dinosaurio no aviar de la historia: el Megalosaurio. Naturalmente, esto no supuso la muerte del dragón, la encarnación cristiana del mal, sino tan solo su confinamiento a otro ámbito del pensamiento. Hay algo de alegórico en el hecho de que fuese un hombre de fe como Buckland quien acoplara los huesos de una criatura altamente simbólica y exorcizara con ello su mitología. La progresiva victoria de la ciencia sobre la superstición conserva algo de ese paciente e involuntario acto de articulación de fósiles que resisten al tiempo y a la corrupción material para instituir un nuevo mito. Mito sobre mito se construye la historia. Le ocurrió al mítico dragón lo mismo que a las aves, herederas genéticas, no obstante, de los viejos soberanos de la Tierra. A partir de entonces fueron vistas con sospecha. Aquel territorio habitado por la desconfianza ha sido siempre la región idónea de la ficción, porque la incertidumbre y lo indeterminado es propio de los discursos de la verosimilitud y no de la verdad. Esto último tiene sentido; la imaginación humana no se alimenta de la fosilización que, a semejanza de las piedras, parecen personificar verdades absolutas, realidades inmunes al tiempo y al

peso del tiempo, sino todo lo que se volatiliza y desaparece sin dejar rastros materiales en el flujo continuo de la voz que cuenta y del alma que escucha. Por eso mismo, yo sospecho –armado tímidamente por la teoría de la observación de una pequeña niña de cuatro años– que ese mismo dominio ha asegurado al dinosaurio un territorio aún más inconquistable que aquel otro donde han proliferado el fiero basilisco o el melancólico catoblepas. Me refiero al territorio de la infancia.

Yo conocí la nueva simpatía del dinosaurio, vinculado a partir del siglo XIX a los mundos clandestinos, gracias a la ficción de H. G. Wells y Julio Verne. Pero hoy los dinosaurios se inmiscuyen con total soberanía en los relatos, escritos y audiovisuales, de los niños y de las niñas quienes los anhelan vorazmente como mascotas pedagógicas. Ha sucedido con los dinosaurios –los “lagartos terribles”, de acuerdo con su inexacta etimología– lo mismo que a los demás monstruos culturales que emergieron del pensamiento romántico. Esto se lo escuché decir, hace varios años atrás, al profesor David Roas, cuando ya nos advertía acerca de la domesticación de ciertas figuras arquetípicas como Drácula o Frankenstein en el siglo XXI. Los dinosaurios morados deben añadirse hoy a la larga lista de seres imaginarios que dejaron de ser “terroríficos” para transmutar en compañía placentera e inofensiva. Hoy, al igual que tantos vampiros hematofóbicos, tantos extraterrestres nostálgicos, tantas sirenas románticas, parecen también sucumbir, vulnerables, a este implacable proceso de objetivación del miedo. Todos salvo los payasos, quizá. Un asunto que ameritaría probablemente un prólogo más extenso que este.

Si algo hay que agradecerle, me atrevo a decir aquí, a Javier Fontecilla, es que le haya devuelto cierta dignidad al dinosaurio como tema de la fantasía. Ya no digo que los dinosaurios de sus cuentos recuperen el misterio atávico e incorruptible de épocas arraigadas en la incredulidad, pero sí, al menos, que rescatan para nosotros, sus lectores, inquietudes y extrañamientos que erosionan la dócil tranquilidad de lo racional cotidiano. Veamos, por ejemplo, el primer cuento del volumen, “Un mundo ignoto”, protagonizado por un pintor del siglo XVIII que debe elaborar el archivo gráfico del Megalosauro. En su mundo de delirios, en el progresivo desdoblamiento esquizoide que lo aliena de la realidad, la tarea de dicha representación se torna una maldición que debe conjurarse radicalmente con la imaginación. Lo primitivo se niega a fijarse sobre el lienzo, poseyendo así al artista

quien deberá emplear su sangre como medio de expresión. El arte no es un exorcismo. Porque el arte no se fosiliza, precisamente.

Hay algo *uncanny*, algo inaprensible y, sin embargo, viral, que hace que el dinosaurio no sea una criatura meramente ósea. “Visiones del pasado, ecos del futuro”, el cuento que cierra el volumen, insiste en este motivo de una manera tanto menos psicológica que mitológica. Hay algo en él que recuerda muchas veces la fascinación que sentía Julio Cortázar por los límites ambivalentes entre realidad y sueño, en donde el escenario y la subjetividad experimentan transmutaciones de tipo mágico. El dinosaurio de la historia es también el hombre que lo sueña, está llamado a ser dicho hombre porque lo que encarna parece ser, en el fondo, un tótem; un tótem como la mariposa especulativa de Chuang Tzu.

“Sangre por sangre” refuerza esta idea, la idea del retorno a esa unidad natural y trascendente, al mostrarnos la visión del dinosaurio, o mejor dicho, la visión de los restos del dinosaurio como el resultado de una fuerza centrípeta que anhela reacoplarse a través de la memoria del ser humano. La selva oscura de los místicos es otra vez —en ese vértigo del ritual que consiste en contar— iluminada por la anamnesis. La historia de la extinción: una memoria viva, potencial, del ser humano. De ahí quizá que en este cuento resuene tan perturbadoramente H. P. Lovecraft cuando el narrador dice sobre el protagonista, Huang, que se encuentra “frente a algo primitivo, algo que jamás debió ser molestado”. Como bien sabía Lovecraft, las viejas mitologías de los pueblos antiguos, a excepción de los egipcios, insistían en que la fuerza vital no se conservaba en los huesos.

Tampoco lo esencial se conserva en los museos, obstinados en almacenar y clasificar huesos. Por eso un cuento de aire más contemporáneo como “Cuando cae la noche en el museo” se adecua a esta larga intuición sobre nuestra relación con lo fósil y con lo espiritual que puede intuirse detrás de la figura del dinosaurio como arquetipo. De ahí que los espíritus del Torvosaurio y del Sinosauropteryx deambulen por los pasillos del Museo de Historia Natural de Nueva York; fantasma a la espera de un exorcismo afectivo. Me atrevería a decir que hay una especie de duelo biológico detrás de esta historia. Fuertemente influido por la cultura audiovisual, Javier Fontecilla es heredero también de su tiempo; resultado de ello es que

sus especulaciones metafísicas sean a menudo dinámicas, inclinadas al predominio de la acción escénica y a la fuerza visual de la trama.

He reservado, finalmente, un lugar especial para mi cuento predilecto: “La segunda extinción”. En este relato un viejo paleontólogo alemán recibe en sueños la advertencia de la destrucción de los únicos fósiles completos del *Spinosaurus aegyptiacus*. Exhibido en un museo de la Alemania nazi, durante los últimos años de la barbarie, los restos de dicho dinosaurio parecen ser, a la vez, fósiles de un rompecabezas natural y los restos oraculares de un imperio que no tarda en ser devastado. Ernst Stromer decide intervenir entonces, aceptando que su verdadera patria es la ciencia. A nosotros nos corresponde, en cambio, la tarea de sospechar que el oscuro y honesto espanto que siente cuando el fuego de los aliados cae, como un nuevo meteorito, sobre el museo, no es por el presente de su país sino por el pasado de la humanidad. Como todo personaje borgiano, Stromer acepta un rol heroico modesto. De allí su grandeza.

Que un científico se deje guiar por la superstición, me parece a mí, es una falsa contradicción que bien podría resumir el espíritu de lo que estas historias intentan transmitirnos. Esa tensa confabulación de ciencia y magia. Después de todo, que los últimos dinosaurios sobre la tierra sean hoy las aves que observamos, triviales y cotidianas, suspendidas en el hábito de mirar el cielo, no debe llevarnos a una consideración errónea, pues nada se detiene mientras flota y se eleva.

CARLOS YUSHIMITO,
SANTIAGO DE CHILE, MARZO 2025

ALGUNAS PALABRAS DEL AUTOR

Decidí hacerme cargo de mi obsesión con los dinosaurios desde el primer día que comencé a escribir. Estos animales tan antiguos como misteriosos fueron el tópico de mi primera narración, cuando era un niño y escribía las historias con lápiz grafito. Sus siluetas y fantasmas pueblan mi consciente y subconsciente hasta el día de hoy, y sé que no soy el único.

Los dinosaurios han formado parte del imaginario fantástico desde tiempos inmemoriales. Incluso antes de ser descubiertos, sus fósiles crearon mitos y leyendas como los dragones y monstruos que enfrentaban los héroes y dioses de antaño. Esta imaginiería despertó el interés de los científicos para estudiarlos, quienes al descubrir nuevas características lo transmitieron a la cultura popular, transformándose en íconos para toda la humanidad. Sin embargo, es común asociar un libro de dinosaurios como un buen regalo para un niño de seis años, así como la visita a un museo de historia natural como un excelente panorama familiar. Aun así, ¿qué pasa con los adultos que aman a los dinosaurios?

A partir de esa premisa me puse a buscar historias que logran satisfacer mi necesidad prehistórica y encontré a grandes narradores como Ray Bradbury, Sir Arthur Conan Doyle, Michael Crichton y paleontólogos como Robert T. Bakker.

A pesar de mi felicidad y disfrute, me percaté que las historias mostraban animales desactualizados. Usualmente refiriéndose a los

dinosaurios como bestias sin cerebro, lentas y pesadas, o, si eran relatos contemporáneos, seguían con la imagen icónica impuesta por *Jurassic Park*. No me mal interpreten, amo esa película, sin embargo, los dinosaurios allí son un reflejo de lo que sabíamos de ellos en 1993.

Además, había tópicos que se repetía de forma constante, como lo eran los viajes en el tiempo, la cacería de dinosaurios y la aparición de los especímenes más famosos como el Tiranosaurio Rex, Triceratops, Stegosaurio, entre otros.

Es por esta razón que decidí escribir una serie de relatos para un público más amplio, que reflejaran a los dinosaurios desde otros puntos de vista. Algunos de ellos serían fantasiosos, mientras que otros se ubicarían en el polo opuesto. Por supuesto, no podía faltar una historia monstruosa, aunque también requería un giro, algo que lo alejara de los animales insaciables y sedientos de sangre.

Fue así que me obligué a seguir cuatro reglas:

- 1) No hay viajes en el tiempo.
- 2) Nadie caza un dinosaurio.
- 3) Los dinosaurios que aparecerán no son famosos.
- 4) El conocimiento científico de los animales prehistóricos debe estar actualizado (Salvo que la trama requiera lo contrario).

A través de ellas forjé los cuentos que conforman este volumen. Espero que su curiosidad por estos fantásticos animales no cese nunca, y que recuerden que, sin importar la edad que tenga cada uno, o cuánto cambie lo que sabemos de ellos, es importante seguir fascinándonos con ellos, porque si no conocemos la historia de nuestro planeta, que no es otra más que nuestra historia, no conocemos nada.

JAVIER FONTECILLA
OCTUBRE 2024